



EL COFRE DE MARFIL
(Rabindranath Tagore)

Un pordiosero mendigaba de puerta en puerta, tocando en los corazones de amigos y desconocidos. Se le veía por las plazas, en los poblados, recorriendo caminos, exponiéndose al peligro de salteadores y alimañas.

Un buen día, a lo lejos, divisó una carroza de ensueño. La tiraban seis alazanes impetuosos. "¿Quién será ese gran señor que se acerca?" -se dijo para sus adentros. Entonces su esperanza cobró alas. El corazón le galopaba. Se puso a mitad del camino. y aguardó.

La comitiva, al toparse con un hombre arrodillado, se detuvo. Se escuchó una orden. Se abrió una puerta decorada en jaspe y oro. Descendió un rey. Al instante se cruzaron sus miradas. Los vasallos, en silencio, con-

templaron atónitos la escena. Era mediodía, pues el sol ya había levantado sus llamas. Oía a desierto encendido. En un gesto de humildad, el rey se despojó de su turbante. Se inclinó a la altura del miserable, abrió su mano derecha y le suplicó:

-Mendigo, ¿qué me quieres dar?

El pordiosero temblaba como una hoja. Por la mente del indigente se desgarraban las ilusiones. Comenzaron los espejismos. Sonaban gritos lejanos y risas burlonas. ¡Ah, qué escarnio es abrir una mano enjorada y mendigar a un pobretón como yo! Con desprecio, el mendigo hundió en la palma del rey un minúsculo grano de trigo. El Rey contestó con un gesto de benevolencia. Abrió un cofrecillo, guardó el grano y subió a la carroza. Un latigazo rompió el silencio y los alazanes apretaron el paso. La mirada del pordiosero persiguió en el horizonte la silueta dorada, envuelta en polvo. Quería llenarse los ojos del dorado metal.

Dando el día por perdido, regresó a su tienda. Vivía entre remiendos. La noche en el desierto siempre emana un suave y reconfortante aroma. Con un poco de leña, encendió un fuego. Sobre dos tablas que hacían de mesa arrojó los granos recolectados. Allí los amasaba para después cocerlos y comer su pan.

Uno a uno los fue contando. Comparaba el tamaño, el grosor. Uno de ellos espejeaba. Algo anormal. ¿Otro espejismo? ¡Lo que hace el hambre y el rencor! Frotándolo contra sus harapos, lo acercó al fuego. Parecía un diminuto diente de oro, una uña de luz. Entonces... Entonces se estremeció y comprendió. Un soplo ligero estremeció las llamas afiladas de la hoguera. ¡Si le hubiera dado al rey todo cuanto tenía! ¡Si por una vez en mi vida hubiera sido generoso! Ahora no poseería una insignificante mota de oro y un desierto inerme, sino un oasis y una vida cuajada de felicidad.

Salió al camino. Quiso volver al pasado, a ese encuentro maravilloso que podía haber cambiado su existencia. Corrió. Le resultaba maravilloso sentir el péndulo del corazón en el pecho y la respiración anhelante. A cada paso la arena crujía bajo sus pies y las huellas se desdibujaban, como manchas borrosas de tinta.

Volvió. Pero todo había pasado. Sería imposible revivir ese instante. Sus ojos, fijos como dos botones, buscaban entre las dunas huellas, signos, señales, cualquier indicio; al menos una pista.

Pero nada. Todos habían pasado. Todo era pasado. ¡Pasado! En algún lugar del mundo, encerrado en un cofrecillo de marfil, hay un grano de trigo. No vale nada. No pesa, pues se obsequió con rencor y egoísmo. No sirve. No alimenta. Está hueco.

DÉJALO ESTAR

A veces puede resultar útil echar una mirada retrospectiva sobre el pasado para asimilar la historia personal y tomar dicho pasado como punto de partida para mejor interpretar y vivir el presente. Pero de nada sirve mirar el pasado con nostalgia y añoranza. Al abad Evagrio le parece sumamente peligroso huir de la realidad presente para instalarse en un pasado que existió una vez pero que ya es definitivamente pasado y nunca más volverá a ser realidad. Del pasado se puede aprender mucho para vivir mejor el presente. Pero buscar en el pasado un refugio contra las dificultades presentes no nos ayuda nada y sí se convierte, por el contrario, en obstáculo para encarar debidamente los compromisos del presente y realizarse en ellos.

Lo que pasó es definitivamente pasado. Los hechos históricos son pasados. No hay razón para estar pensando constantemente en nuestro pasado. Lo mismo hay que decir de nuestros errores y pecados. No hay por qué llevar perpetuo luto por ellos. Todo es pasado. Más que mirar a nuestros errores, interesa mirar y pensar en Dios: Dios es mucho más grande que nuestro corazón. Y a Dios no se le oculta nada.

ESPÍRITU DEPORTIVO



Como muchos otros millones de personas, he seguido con interés la última edición de los Juegos Olímpicos. Me he alegrado especialmente con los triunfos, bastante abundantes, de nuestros compatriotas. Y me he «identificado» con aquellos que más posibilidades de triunfo parecían tener, por los que sentía -como nos pasa a todos en esos casos- una simpatía especial. De otra parte, el esfuerzo, la deportividad, el trabajo de años que se aprecia en tantos y tantos, es un estímulo para la propia superación personal, que no es posible alcanzar si no es en el trabajo callado y constante de cada día.

• Además de otras razones, por este clima de noble y esforzada competitividad, y por el atractivo personal de tantas «figuras», que indudablemente ejercen una gran influencia en millones de jóvenes, me ha resultado particularmente lamentable lo que recogía algún comentario de prensa a propósito de la diversión y el empleo del tiempo libre de algunos de esos personajes, una vez que terminaban sus pruebas.

San Pablo acude en una de sus Cartas al ejemplo de los buenos atletas, que para alcanzar el triunfo en el estadio se privan de lo que lo pueda dificultar; añade que para alcanzar no una corona perecedera, sino otra de más valor, hay que estar dispuestos a hacer, al menos, lo mismo (cfr. 1 Cor 9,25).

Con la enseñanza paulina como fondo, vemos que los buenos atletas son aquellos que tienen el «espíritu» que debe caracterizar a todo buen deportista: la lucha constante por la superación personal.

De modo semejante ocurre en la vida ascética: si queremos «triunfar» hay que desterrar las «compensaciones»; no basta con luchar cuando hay una prueba cercana, porque, en la «carrera del espíritu», la competición no cesa nunca: o avanzamos mejorando nuestra «marca» personal, o vamos hacia abajo.

Juan Moya Corredor

CONFIESESE PRIMERO

El santo cura de Ars, Juan Bautista María Vianney, había hablado en el sermón, con frases muy sentidas, del sacramento de la Penitencia. Luego, como acostumbraba, pasó a la sacristía, para que los hombres pudieran acercarse a confesar. Uno, muy instruido, se le presentó con deseos de aclarar muchas dudas que tenía con respecto a la Religión.

-Confíesese primero-, le dijo.

-Pero cómo voy a hacerlo sin aclarar antes mis dudas?

-¿Por qué no se confiesa primero?, - insistía el sacerdote.

Ante la bondad y la convicción de sus palabras, el hombre cedió y se confesó. Al terminar, le dijo el santo.

-Explíqueme ahora sus dudas.

-Ya no es necesario -respondió el penitente. Ahora lo veo todo claro. **«Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios.»**

EL TÉ AMARGO

El Maestro llamó al discípulo y le dijo:

-«Hace unos días el té que me preparas no me sabe bien. ¿Has cambiado algo en su preparación?». El discípulo respondió:

-«No, Maestro. Son las mismas hojas y el mismo procedimiento y la misma tetera. Espero encontréis que el gusto es el mismo de siempre».

Pocos días más tarde el Maestro habló así a su discípulo cuando le trajo el té:

-«El té que me preparas sigue sin gustarme. Ya sé que no han cambiado las hojas ni el agua ni el hogar. Eres tú el que has cambiado. Antes estabas a gusto en mi escuela, estudiabas y trabajabas a gusto, me hacías el té con gusto. Y por eso me sabía bien. Hace una temporada vas cambiando. Ya no estás a gusto en mi presencia, trabajas a regañadientes y me haces el té a disgusto. Por eso me sabe mal. No quiero tomar lo que alguien prepara a disgusto. Su resentimiento al hacerlo dañará mis entrañas al tomarlo. Puedes marcharte si no estás aquí a gusto. Yo mismo me haré el té cuando lo necesite».

El mejor condimento es el cariño. El peor veneno es el rencor. Y ambos se deslizan en los manjares de la vida, en el trato y el trabajo, en la conversación y la convivencia, y les dan su sabor oculto con las especias del sentimiento.

LAS DOS VERDADES

Un joven estudiante hizo un largo camino para entrevistar a Lord Kelvin, el famoso sabio escocés. Al verse delante del gran científico, le dijo el joven:

-Señor, vengo de lejos, movido sólo por el deseo de hacerles una pregunta. Observo que las paredes de vuestro estudio están repletas de libros. Supongo que los habréis leído todos. Sé que sois autor de varios tratados. Habéis viajado mucho, habéis conocido los hombres más sabios. Después de tantos años dedicados al estudio de tantas ciencias y de las experiencias adquiridas, decidme: ¿cuál es el descubrimiento más valioso que habéis hecho?

Lord Kelvin miraba al joven; no podía disimular la emoción que sus palabras le causaron. Y tomando entre sus manos las de su interlocutor, le contestó:

-Querido amigo. A través de tantos libros y experiencias he aprendido dos lecciones que considero las más preciosas: la primera, que soy un pecador; la segunda, que Jesucristo es el único Salvador. En esas dos verdades indiscutibles descansa toda mi felicidad y todas mis esperanzas.

Lord Kelvin había conseguido la verdadera sabiduría.